

URBANISMO

EL 'SMART GROWTH'

EEUU busca nuevos modelos de ciudad

CARLOS FRESNEDA
Corresponsal en Nueva York

Están desapareciendo las fronteras entre el campo y la ciudad. La periferia urbana es una mancha de aceite que todo lo arrasa. Nos marchamos a vivir a tierra de nadie, a paisajes desolados hechos a la medida del coche, pero no de la especie humana...».

La profecía de James Howard Kunstler en *La geografía de ninguna parte* se está convirtiendo en una patética realidad. El *sprawl* o *desparra-me urbano* es ya una monstruo global que destruye las ciudades, devora miles de hectáreas de espacios verdes y contribuye a la contaminación del aire y del agua. La mancha urbana, con esa sucesión interminable de tejados y centros comerciales, se ha convertido en la bestia negra del movimiento ecologista en EEUU. Tras décadas de lucha, muchos ayuntamientos han empezado a frenar el desarrollismo salvaje y se han abonado al movimiento *smart growth* (crecimiento inteligente), que propugna la vuelta a la ciudad compacta de toda la vida.

En la vasta geografía americana, hoy por hoy, se libra una lucha entre las ciudades donde sigue imperando la ley del viejo Oeste motorizado y las urbes que han decidido apostar por un crecimiento humano e inteligente.

Viajemos primero a Detroit, símbolo mundial de la cultura del automóvil. La población ha disminuido un 4% en la última década, mientras que la ciudad se ha expandido milagrosamente un 54%. El resultado de esta increíble ecuación –comparable a la de Madrid y otras grandes ciudades españolas– es la dependencia absoluta del coche, la congestión constante del tráfico y la total decadencia urbana.

El periplo por la pesadilla americana pasa necesariamente por Houston, que ha arrebatado a Los Angeles

el cetro de la ciudad más contaminada del país. Las Vegas y Phoenix rivalizan mientras por el título de la ciudad más expandida, con ese cinturón de suburbios y *ex urbios* que se extiende como gigantesco espejismo por el desierto.

La América del crecimiento inteligente arranca también en el Oeste, en Portland, donde el grupo ecologista 1.000 Amigos de Oregón levantó barreras al *sprawl* y reconquistó la ciudad manzana tras manzana. La autoridad metropolitana, Metro, frenó los planes para seguir cercando con autopistas la ciudad y apostó por el transporte público y el crecimiento compacto.

«Portland era hace 30 años un lugar moribundo y ahora ya ves, la hemos convertido en una de las ciudades más vibrantes del país», presume desde su bicicleta Dick Roy, director del Northwest Earth Institute. El mismo modelo de colaboración entre grupos ecologistas y asociaciones vecinales sirvió para rescatar de la ruina a Chattanooga, que ha pasado de ser la ciudad más sucia a la más habitable del sur, volcada hacia el río y con un sistema de transporte público gratuito.

Minneapolis, con 170 parques y 60 kilómetros de senderos urbanos, presume de ser la ciudad más verde de Norteamérica, mientras que en Denver y Boulder, al pie de las Montañas Rocosas, miles de ciclistas desafían a diario la nieves a lomos de sus bicicletas. Chicago y Seattle llevan también más de una década impulsando el regreso al centro, mientras que Nueva York acoge por segundo año la conferencia Ecometrópolis: propuestas para una ciudad sostenible, humana y compacta.

En *Muerte y vida de las grandes*

ciudades americanas, Jane Jacobs recordaba cómo la irrupción del coche y la separación de usos –hogares, oficinas y centros comerciales– fueron el epitafio de la vida en las metrópolis. Los urbanistas cedieron a las presiones de la constructoras y de la industria del automóvil e inventaron el *sueño americano* que las familias de clase media no tardaron en comprar.

Al cabo de medio siglo, el sueño se ha trocado en náusea: los expertos advierten que el *chalé* en las afueras –o el adosado– no sólo es pernicioso para el medio ambiente sino que perjudica seriamente a la salud. Marcharse a los suburbios equivale a aumentar el riesgo de obesidad, artritis, alta presión arterial, asma y migrañas. Es más, vivir en una ciudad compacta puede aumentar hasta

El movimiento propugna volver a la ciudad compacta y rechaza el estilo de urbe en continua expansión

Portland y Chattanooga han dicho adiós al 'sueño americano' del coche privado y el adosado en las afueras

cuatro años la esperanza de vida, según un reciente estudio de la Rand Corporation de California en 38 áreas metropolitanas.

Los adalides del *crecimiento inteligente* reconocen que hay una conexión muy íntima entre el modelo de crecimiento y la calidad de vida. La dispersión urbana equivale al deterioro del medio ambiente y a la fragmentación social; la ciudad compacta es más sostenible, más humana y más enriquecedora.